

—¿Qué cosa es? preguntó asustada.

—Lo he visto de rodillas.

—¿A quién?

—A Ernesto.

—Estaría rezando.

—No, lo ví arrodillado á tus piés.

—¡No es cierto! exclamó poniéndose pálida.

—¡Lo ví por la cerradura! dije montando en cólera. Se repuso y saltando una alegre carcajada, dijo:

—Ya recuerdo, que tosterías, figúrate que se me cayó un clavo de oro que tenía entre los cabellos, lo levantó, lo viste en esa postura y por eso creíste que estaba arrodillado delante de mí.

—Pero tu le diste la mano para que se levantara.

—No, tomé el clavo que él me entregaba y por eso creíste que le daba la mano.

—Tienes razón soy un insensato, un celoso incorregible. Tomé una de sus blancas manos, la acaricié entre las mías, y con voz suplicante, le dije:

—¿Me perdonas?

—Con una condición.

—Con cuantas quieras.

—¿Me prometes no volver á ser celoso?

—Te lo juro.

—Entonces estas dispensado.

—¡Gracias, gracias! Le di un beso en cada mejilla y seguimos platicando muy contentos.

Aquellos días eran de verdadera dicha para mí. Empezaba á entrar en las cantinas y aunque el cofino me hacía toser y el puro deponer el estómago, gozaba contando á mis amigos las conquistas mis frases agudas con las muchachas, en fin, sabía pedir *gin-cock-tail*, y eso era mi suprema felicidad. El Domingo siguiente concurrimos, como de costumbre, á la casa del tío de Enriqueta, y después de las conversaciones preliminares, nos sentamos á la mesa, quedando en el orden siguiente: en la cabecera el tío, á su izquierda su hija que servía los platillos y dos amigos de la casa; á la derecha yo, Enriqueta y Ernesto. Estuvimos bastante alegres y animados, el vino blanco y el tinto los bebimos en abundancia, y cuando iban á servir los postres, tomé con mi mano derecha la izquierda de mi adorada y la oprimí en algunos momentos con un frenesí verdaderamente furioso. Noté que mi dama estaba muy seria y sin volverse para ningún lado. El tío encendió un puro, nos pidió permiso y se retiró á su estudio. La señorita de la casa, dirigiéndose á mi novia le dijo:

—¿Quiere usted un poco de pastel? Está muy bueno.

—Gracias, prima.

—¿Entonces, un poco de esta crema?

—Guárdamela para la tarde.

—La hice yo, tiene huevo y vainilla.

—Gracias, ahora no, he comido mucho.